



Des-mitificando mitos . . .

A continuación analizaremos algunos mitos que forman parte de las concepciones naturalizadas que tenemos en nuestra sociedad en torno a la violencia doméstica basada en género.

Las mujeres golpeadas siguen viviendo con el agresor porque les gusta.

En este mito aparece la idea de que existe un goce, por parte de la mujer. Se sugiere la idea de masoquismo, y por lo tanto de perversión sexual.

Es obvio que la violencia doméstica NO es una perversión sexual y que las mujeres se mantienen en el marco de una situación de violencia doméstica por muchísimas razones (la violencia doméstica es una situación multicausada y compleja que no puede ser entendida por un único factor).

Asimismo, en este mito se refuerza la idea errónea de que el varón es quien tiene la fuerza y que la mujer tiene que ser sumisa y que ambos gozan con esto.

Si la mujer aguanta al agresor por bastante tiempo, la relación cambiará y mejorará.

En este mito se observan claramente los estereotipos de género. Estos estereotipos muestran a las mujeres como sostenedoras de la familia frente a los conflictos que puedan surgir en el marco de ésta y protectoras de la unidad familiar. Desde esta perspectiva se piensa que la solución frente a la violencia doméstica es que la mujer aguante para mantener la unidad de la familia. Las mujeres no deben pensar en sí mismas, sino en su familia. Las mujeres deben cuidarlo a él para que cambie. Así, otro elemento que se retoma de los estereotipos sexistas es la creencia de la mujer que a partir de sus cuidados va a lograr cambiarlo. Es una especie de desafío que la mujer internaliza de los sistemas de creencias y que se vuelve su propia trampa.

Si el hombre no tomara bebidas alcohólicas o usara drogas no golpearía a su esposa o compañera.

Este mito responsabiliza de la violencia doméstica al alcohol y a las drogas y no al varón. Es una simplificación extrema de una situación compleja. Queda claro que el alcohol u otras drogas nunca son la causa de la violencia, sino que son sustancias que amplifican la violencia de los agresores y es un factor de riesgo.

Muchas mujeres en las consultas dicen: «él es bueno, pero se pone violento cuando toma». Aparece en estas consultantes una fragmentación que sirve para justificar los actos violentos y para mantener indemne la figura del agresor como bueno, volviéndose también una trampa que le dificultará, a la mujer, la toma de conciencia de la situación de violencia en la que está inmersa.

Por otra parte, se refuerza el estereotipo de que tomar alcohol es esencialmente masculino, dado que el tomar supone un escenario de socialización masculina: el boliche, la grapa, el afuera, el erotismo por placer que sólo a los varones les está permitido.





Si el hombre trabaja, trae dinero a la casa y es bueno con sus hijas e hijos, la mujer no debe exigir más y tiene que aguantar sus defectos.

Este mito expresa, como los anteriores, los estereotipos de género y muestra qué se espera de cada uno por ser varón o por ser mujer. El varón se presenta como proveedor y la mujer como encargada de lo doméstico, llena de exigencias y demandas hacia él. Se invisibilizan, además, las demandas que recaen sobre la mujer. En este marco, basta con que él cumpla su función de proveedor y de ser bueno con los niños, tal como se instituye desde el estereotipo de lo masculino, para que todo esté bien y se enmascare la situación como un simple «defecto» de él. La función de la mujer es aguantar los defectos del varón. La idea de aguantar es parte de la construcción de lo femenino.

Por otra parte, si el trabajo remunerado le corresponde al hombre y el trabajo no remunerado a la mujer, ésta tiende a quedar aislada y sin ingresos propios. En esta situación, a la larga la mujer pierde autonomía y esto es una forma de dominación y control, más aún en el marco de una situación de violencia doméstica. Muchas veces esta pérdida de autonomía está directamente relacionada con los celos del varón. Los celos, como parte de la situación de violencia doméstica, en general no se observan como formas de control y humillación, dado que a través de los sistemas de creencias que nos brinda nuestra cultura, hemos internalizado que los celos son parte del amor y no de la desconfianza y control.

La violencia en la familia no afecta a las niñas y niños.

Por el contrario, las niñas y niños son testigos directos de toda situación de violencia doméstica, aún cuando la agresión no esté directamente dirigida hacia ellos. Esto es por varias razones: por un lado porque la violencia es ambiental en la medida en que la viven en el contexto, pero además, porque a través de la violencia las niñas y niños incorporan los estereotipos sexistas que la sostienen, se vuelven modelos de relacionamiento y esto los coloca en riesgo por sufrir la violencia y riesgo por la posibilidad de repetirla en la adultez.

Es mejor que la mujer no se separe mientras sus hijas e hijos son pequeños porque el daño sería mayor.

Al igual que con los mitos anteriores, se muestra a la mujer como aglutinadora de la familia y responsable de su unidad. El estereotipo hace recaer en las mujeres la responsabilidad de mantener la cohesión familiar. Este estereotipo se entronca con otros aspectos ideológicos, como el propio concepto de familia que se impone desde los marcos culturales. Se retoma la idea de familia como la pareja con sus hijos e hijas, imponiéndose una concepción única de familia, hegemónica. Es mejor seguir mal juntos que estar separados.

